

# Japón busca un papel mundial

Masaru Tamamoto

**C**uando finalizó la segunda guerra mundial, Estados Unidos le impuso la Pax Americana a Japón. De conformidad con el orden norteamericano de la posguerra, los japoneses fueron severamente restringidos en materia militar. Sin embargo, ahora que su poderío económico es cada día mayor, existen fuertes presiones para que comparta una mayor porción de la carga de defensa de Occidente. Tal circunstancia ha suscitado debates, no sólo en Estados Unidos sino en el seno de la sociedad japonesa, como lo explica detalladamente el presente artículo <sup>1</sup>.

\* \* \*

EN SU BEST-SELLER THE RISE AND FALL OF GREAT POWERS, el historiador de Yale Paul Kennedy describe el proceso histórico mediante el cual una potencia hegemónica se excede y es luego reemplazada por un contendor más productivo y menos tasado por el costo militar. En la versión de la historia de Kennedy, cuando se trata de describir la caída de una potencia el deseo de dominio internacional del aspirante a la hegemonía global es tan importante como las tendencias destructivas del poder hegemónico imperante. El debate en torno a la decadencia de Estados Unidos —tema central de los últimos años en los círculos intelectuales y políticos— ha aplicado esta lección histórica de forma casi mecánica. Si Estados Unidos está en decadencia debe existir un nuevo contendor mundial con el cual tiene que competir. Japón, uno de los aliados más cercanos de Estados Unidos, ha sido elevado a este rol crucial de potencia mundial emergente.

Se presume que, en algún momento, Japón desempeñará un papel más agresivo y convertirá su enorme riqueza económica, acumulada a lo largo de la última década, en poderío militar y político; y, al dar este paso, comenzará a impugnar el orden establecido por los norteamericanos que hasta ahora ha aceptado y apoyado sumisamente. Aun si Japón no trata abiertamente de quitarle el liderazgo político a Estados Unidos, se teme que su mayor dinamismo e independencia internacional perjudicarán los intereses norteamericanos y debilitarán la estabilidad mundial. En los últimos años, este punto de vista alarmista acerca de Japón ha cobrado cada vez mayor vigor en los círculos políticos y periodísticos de Estados Unidos.

Si esta interpretación de un Japón renaciente necesitaba confirmación, parece que la obtuvo el año pasado con la publicación del libro *The Japan That Can Say No* (El Japón no puede decir no), en el que resultan

IV TRIMESTRE 1990

relevantes sobre todo los capítulos escritos por Shintaro Ishihara, ex-miembro del gabinete japonés y miembro distinguido del Partido Liberal Democrático (PLD). Según una versión no autorizada pero ampliamente difundida del libro en inglés, Ishihara no sólo exhorta a Japón a deshacerse del yugo servil que ha caracterizado sus relaciones con Estados Unidos durante los decenios de la posguerra, sino que insta a sus compatriotas a reconocer que Japón, hoy en día es líder mundial en tecnología avanzada. Y sostiene las riendas del equilibrio mundial del poder en sus manos<sup>1A</sup>. Para muchos comentaristas norteamericanos, Ishihara se convirtió en el símbolo del Japón renaciente, listo a quitarse las cadenas impuestas por los norteamericanos en la posguerra.

Pero esta lectura de Ishihara y, a través de ella, la lectura del Japón actual dejan de lado lo que realmente piensan los japoneses en su búsqueda algo vacilante de un rol mundial más acorde con su riqueza económica. Claro que se puede elucubrar sobre la idea de un Japón que domine el mundo: al fin y al cabo es el mayor prestamista mundial, lo cual podría ser el principal signo de su advenimiento hegemónico dentro de una economía liberal mundial, si pueden tomarse como precedente los logros históricos de Gran Bretaña y Estados Unidos. Además, su desempeño industrial ha sobrepasado —y continúa sobrepasando— el de Estados Unidos en numerosas áreas tanto de tecnologías básicas como avanzadas, incluyendo las tecnologías del futuro, tales como la televisión de alta definición.

Sin embargo, por importantes que sean estas medidas de poderío internacional, más importante aún es qué piensa una nación acerca de sí misma y del lugar que ocupa en el mundo. Lo que se ha subestimado en las especulaciones norteamericanas sobre el ascenso inminente de Japón (exceptuando, naturalmente, a quienes se empeñan en negar la decadencia del poderío americano) es la cuestión de la voluntad política japonesa. Aunque elude una medición exacta, la voluntad política es un ingrediente esencial en la hechura de una gran potencia, pues delimita el poder nacional. Y en el Japón de la posguerra, la voluntad política de acceder al poderío internacional brilla por su ausencia. Japón se ha sentido satisfecho con el lugar subordinado que ocupa dentro de la Pax Americana, posición que le ha permitido concentrarse en el comercio mundial y evitar conflictos políticos internacionales. Como resultado, Japón sigue inmerso en una inocencia política deliberada; es una sociedad que carece de ideas sobre qué podría ofrecerle al mundo, y, mucho menos, sobre cómo organizarse.

Por lo tanto, en lugar de asumir automáticamente que el Japón traducirá su poderío económico en poderío político, sería mejor preguntarse lo que los mismos japoneses se preguntan: si Japón está dispuesto a asumir las responsabilidades político-estratégicas internacionales a un nivel acorde con su riqueza. En los últimos años, en Japón ha surgido un debate sobre cuál debe ser el rol estratégico del país en el mundo —un debate cuya esencia tal vez se refleja mejor en el lema “la internacionalización de Japón”.

1/ World Policy Journal, verano 1990.

1A/ Ver el Washington Post, 22 de mayo, 1990, para un ejemplo de esto.

El primer impulso hacia la internacionalización proviene de Estados Unidos. De hecho, la preocupación japonesa por la internacionalización surgió a comienzos de los años ochenta cuando los norteamericanos exigieron un comercio justo y una carga mejor compartida por sus aliados. Por esto, gran parte del debate sobre la internacionalización se ha centrado en el esfuerzo gubernamental por reducir el desequilibrio comercial con Estados Unidos y aumentar el presupuesto japonés de defensa y de ayuda exterior —esfuerzos encaminados a mostrar que Japón sí es un miembro responsable de la comunidad internacional.

El debate sobre la internacionalización ha suscitado bastante angustia entre los miembros de la clase política gobernante de Japón. Aunque casi todos los miembros de la clase gobernante aceptan la necesidad de que Japón asuma mayores responsabilidades políticas y estratégicas, se muestran bastante dudosos al respecto. Como se planteó antes, la gran mayoría de la élite del Japón ha bendecido la protección que el dominio norteamericano les ha brindado, librándolos del fastidioso mundo de la política internacional. Con el dominio norteamericano en el banquillo y teniendo Japón que ejercer mayores responsabilidades internacionales, los japoneses comprenden instintivamente la necesidad de enfrentar nuevos interrogantes acerca del rol de su país en el mundo. Por lo tanto, la internacionalización es algo más que una actuación individual en materia de política exterior. Se refiere a la búsqueda de una nueva orientación para Japón en el mundo. Se refiere a la identidad nacional japonesa, al significado de su historia reciente —en particular, la guerra del Pacífico y los logros nacionales de la posguerra.

Sin embargo, el actual debate en torno a la internacionalización no es un verdadero debate, pues carece de campos opuestos bien definidos. Hasta comienzos de la década de los setenta, el debate japonés sobre el sitio que debía ocupar el país en el mundo de la posguerra enfrentó al partido conservador gobernante, el LDP, contra el principal partido de oposición, el partido socialista. El partido socialista abanderaba la neutralidad sin armas, la abolición de las fuerzas de autodefensa y la renuncia al tratado de seguridad suscrito entre Estados Unidos y Japón. Esta diferencia entre conservadores y socialistas produjo debates agitados. Pero, desde comienzos de los setenta, la idea de una neutralidad desarmada fue perdiendo credibilidad entre el público japonés. En este último año, en un esfuerzo por mejorar la imagen del partido socialista, su dirigente Takako Doi cambió la posición del partido respecto a la alianza entre Estados Unidos y Japón, reconociendo a importancia del tratado de seguridad. Por lo tanto, hoy ya no existe una alternativa socialista en asuntos de política internacional.

Por consiguiente, las voces de mayor importancia en el debate actual en torno a la internacionalización se encuentran dentro del campo conservador; y en ese campo, no hay quien proponga seriamente una renuncia de la alianza. Debe, entonces, subrayarse que la primera meta de la internacionalización es preservar la alianza con Estados Unidos. Luego las diferencias existentes no se refieren a la naturaleza de la internacionalización sino a cuáles son los mejores medios para lograrla. Por una parte están los “realistas políticos”, quienes consideran que debe contribuirse con ayuda económica pa-

ra mantener la alianza, evadiendo los compromisos políticos y militares excesivos y dejando que Estados Unidos siga definiendo el orden mundial. Exponente de este "realismo político" es Kiichi Miyazawa, un líder del Partido Liberal Democrático (PLD) quien, como ministro de finanzas, aumentó el aporte japonés en asistencia internacional para el desarrollo y alivio de la deuda externa del tercer mundo. Los "realistas políticos" quieren la continuación de la posición japonesa frente a la política exterior, concentrándose en la economía, aunque son conscientes de que Japón debe hacer más y sobre todo pagar más— que en años anteriores para contribuir a la buena gestión de la economía mundial.

Por otra parte están los "realistas militaristas", quienes sostienen que ya no basta la ayuda económica para la alianza, así esta sea mayor. Según ellos, Japón debe asumir mayores responsabilidades militares y políticas en la seguridad internacional, particularmente en aquellas áreas estratégicas de interés tanto para Estados Unidos como para Japón como son el golfo Pérsico y el Pacífico<sup>2</sup>. Muchos "realistas militaristas" pertenecen a lo que se ha llamado la derecha nacionalista. Este grupo todavía es minoritario dentro del PLD, pero cuenta con figuras notables tales como Yasuhiro Nakasone, quien fue Primer Ministro de 1982 a 1987, e Ishihara. Dentro de la burocracia japonesa, los ministerios de Educación y de Defensa tienden a respaldar esta posición, mientras que los ministerios de Finanzas y de Comercio Exterior e Industria no la apoyan. Aunque es apenas una minoría dentro del PLD, el punto de vista de la derecha nacionalista tiende a dominar el debate sobre la internacionalización, pues parecen ser los únicos que ofrecen nuevas ideas en cuanto al lugar que debe ocupar Japón en el contexto mundial.

la que actuó Nakasone en sus esfuerzos por internacionalizar a Japón durante su gobierno. Limitados por la concepción japonesa en sí misma y por la importancia de la conexión norteamericana, los nacionalistas de derecha, incluyendo a algunos tan lanzados como Ishihara, siguen mirando hacia Estados Unidos para enmarcar su política exterior, siempre y cuando dicho país siga siendo un poder responsable. Esto no significa que no hay motivos de preocupación con respecto a la derecha nacionalista, como veremos más adelante. Pero, como también veremos, Estados Unidos puede, mediante políticas inteligentes, ejercer una influencia constructiva sobre el rol mundial creciente de Japón, instándolo a seguir una dirección que favorece sus intereses y contribuye a cumplir con las grandes metas de estabilidad mundial.

### *Reevaluación del marco de San Francisco*

El DEBATE SOBRE LA INTERNACIONALIZACIÓN DEL JAPÓN se ha centrado en la reevaluación de lo que se ha llamado "el marco de San Francisco", es decir, el lugar que le corresponde a Japón en el mundo de acuerdo con el tratado de paz y mutua seguridad suscrito entre Japón y Estados Unidos en San Francisco, en 1951. El tratado de paz acabó con los siete años de ocupación norteamericana de Japón, definió el reingreso de este último al mundo y le asignó un lugar subordinado dentro de la Pax Americana. El acuerdo de seguridad le otorgó a los militares norteamericanos el derecho de mantener bases en Japón e intervenir en caso de desórdenes civiles internos y subversión<sup>4</sup>. El acuerdo de seguridad fue, en cierto sentido, el precio que Japón tuvo que pagar por el tratado de paz: le fue dada su independencia

Al someter la política exterior de Japón a la de Estados Unidos, el marco de San Francisco le proporcionaba al país, devastado por la guerra, una garantía de seguridad. La protección norteamericana actuó como amortiguador y le permitió al Japón de la posguerra cultivar su inocencia frente a los asuntos de estrategia política internacional, rechazar el uso de la fuerza con fines políticos y concentrarse en el desarrollo económico. Este marco, considerado pasajero incluso por sus defensores, resultó tan benéfico para Japón que ha durado ya más de cuatro décadas.

La aceptación del marco de San Francisco sólo puede entenderse dentro del trauma histórico que acecha a Japón. El Japón de la posguerra ha interiorizado su responsabilidad con respecto a la segunda guerra mundial. Recordando lo que ocurrió la última vez que la nación se aventuró a inmiscuirse en tierras extranjeras, los japoneses tienen miedo de lo que puedan hacer si vuelven a ingresar al ruedo de la política internacional. La principal lección que les legó el pasado es que, más allá de sus fronteras, el mundo es un lugar feo, un lugar en donde los japoneses podrían volverse a sentir tentados a cometer excesos y actos de crueldad.

Para Nakasone, Ishihara y demás nacionalistas de derecha, el marco de San Francisco ya cumplió su propósito y debe ser revisado. Creen que los japoneses deben deshacerse de su obsesión con el pasado y de su temor a participar en la política internacional; sólo así podrá Japón tomar el sitio que le corresponde dentro del escenario mundial. En su esfuerzo por convertir en realidad su visión de un Japón internacional, los líderes nacionalistas de derecha están cuestionando algunas de las actitudes y presunciones fundamentales que han sostenido el marco de San Francisco y la identidad nacional del Japón de la posguerra. En particular, los nacionalistas de derecha creen que los japoneses deben reevaluar sus actitudes con respecto al Estado, la democracia y los militares —y, tal vez aún más importante— deben redefinir sus ideas acerca de las relaciones entre estos tres elementos del orden internacional de posguerra.

**El Estado.** Según los nacionalistas de derecha, una de las principales razones de la timidez japonesa en materia de política y estrategia proviene de su manera de concebir el Estado. Como manifestó Nakasone en alguna ocasión, “en lo que a los japoneses se refiere, no hay Estado, pues tiene una existencia muy precaria”<sup>5</sup>.

Es una frase bastante extraña para provenir de un líder de un país en el cual la autoridad del Estado ha sido históricamente bastante poderosa. Fue el Estado centralizado creado por la restauración de 1868 el que sometió al país a un programa intensivo de modernización, realizando “una revolución desde arriba”. Fue el “Estado desarrollista” el que dirigió y ayudó a financiar la recuperación económica y el crecimiento de Japón en la era de la posguerra. A lo largo de la historia japonesa, siempre ha existido un Estado

5/ Yasuhiro Nakasone, *Atarashi hōshu no ronri* (Una nueva teoría conservadora) (Tokio Kodansha 1978), p. 33. Citado en “En la búsqueda de una identidad nacional: la política y las políticas de la administración Nakasone”, por Michio Muramatsu, en Kenneth B. Pyle, editor, *The Trade Crisis: How Will Japan Respond?* (Seattle, WA: Sociedad de Estudios Japoneses, 1987, p. 226.

fuerte con control monopólico sobre las organizaciones, los instrumentos políticos y los recursos necesarios para regular las actividades económicas, sociales y políticas. Tradicionalmente, Japón ha sido un país con muchas reglas y reglamentaciones promulgadas por el Estado cuya máxima autoridad rara vez ha sido puesta en duda<sup>6</sup>.

Nakasone se queja es de las restricciones impuestas al Estado en el periodo de la posguerra para desempeñar ciertas actividades. En particular, quieren que el Estado otorgue prioridad a las actividades internas sobre las externas, y a la vida civil por encima de la razón de Estado. En esencia, el Japón de la posguerra perdió su licencia para participar en política exterior como resultado de la derrota sufrida en la guerra del Pacífico. Con la rendición incondicional del imperio, el pueblo japonés vino a verse a sí mismo como víctima de su propio Estado. La sociedad culpó al Estado del desastre de la guerra y de las ruinas de Hiroshima y Nagasaki. Por lo tanto, la primera tarea que enfrentaron la sociedad y la política durante los primeros años de la posguerra fue la de redefinir el Estado. El resultado fue lo que el eminente pensador Yonosuke Nagai llama el “Estado moratorium”, que prohíbe la participación política y estratégica en los asuntos del mundo. Es decir, la tarea del Estado de la posguerra ha sido la de mantener la política a un nivel marginal.

Si bien es verdad que el Estado de la posguerra ha eludido la participación en la política internacional, también es cierto que ha evitado juzgar las acciones de otras naciones. En las palabras del líder del PLD Kiichi Miyazawa, Japón es un “Estado especial” cuya política exterior carece de principios morales: “Es una política exterior que rechaza cualquier juicio de valor. Es un simulacro de política exterior... Puesto que no hay juicios de valor posibles, no podemos decir nada... Lo único que podemos hacer cuando nos pegan en la cabeza es echar para atrás. Observamos la situación del mundo y seguimos las corrientes”<sup>7</sup>. Miyazawa no pretende que sus palabras se tomen como una crítica; apoya el “simulacro de política exterior”. No es que Japón sea incapaz de emitir juicios de valor, o que carezca de opiniones en asuntos de política internacional. Lo que pasa es que no quiere formular sus preferencias políticas puesto que no está preparado para cargar con la responsabilidad que le acarrearía una declaración de preferencias.

La reacción del gobierno japonés frente a las matanzas de la Plaza de Tiananmen, en junio de 1989, muestra la dimensión del “simulacro de política exterior”. Cuando el gobierno chino reprimió a los manifestantes estudiantiles prodemócratas, la respuesta japonesa fue, en esencia, calificar el hecho de incidente “lamentable”. Y cuando los líderes de los otros países industrializados quisieron emitir una condena contra el gobierno chino en la cumbre económica de París, el Primer Ministro japonés Toshiki Kaifu manifestó que su país no podía participar en un acto de “intervención” en

6/ Observe, por ejemplo, cuán pocos son los casos que pierde el gobierno en los juzgados.

7/ Citado en Kenneth B. Pyle, “En búsqueda de un gran diseño: Nakasone entre el pasado y el futuro” (nota 5), p. 11.

los asuntos internos de otros. Como resultado de esta "diplomacia" japonesa, la condena a China bajó de tono.

Durante la mayor parte del período de posguerra, cuando Japón todavía era una economía débil, mantuvo con éxito la política exterior a raya. Hoy, el país busca instintivamente cómo utilizar su influencia para seguir alejado de la política mundial. El contraste entre las políticas de Estados Unidos y de Japón es enorme. Estados Unidos sufre la iliquidez en política exterior como producto de un exceso de compromisos en relación con sus capacidades<sup>8</sup>; Japón, por el contrario, todavía continúa usando sus capacidades para evitar compromisos.

Incluso en asuntos económicos, el Estado ha servido como intermediario entre la sociedad interna y el campo internacional, determinando qué puede entrar o salir de Japón y amortiguando el impacto total de los sucesos internacionales<sup>9</sup>. El Estado de la posguerra confrontó su más difícil prueba en 1973 a causa de la crisis petrolera, cuando el embargo árabe le exigió a Japón abandonar su inocencia deliberada en materia de política internacional y optar por alinearse del lado de los países árabes. No obstante, el Estado respondió ajustando el consumo interno y fomentando la adaptación industrial, logrando así preservar su inocencia<sup>10</sup>. Una demostración más reciente del talento del Estado para evitar enredos políticos ocurrió entre 1986 y 1988, cuando se ajustó hábilmente el *shock* de un yen revaluado, en vez de impugnar la nueva política de Washington de devaluación del dólar.

El Estado de la posguerra ha seguido la "doctrina Yoshida" que consiste en dedicarse al crecimiento económico y evitar la participación en la política internacional. En los primeros años de la década de 1950, el Primer Ministro Shigeru Yoshida dio un ejemplo de cómo hacer esto en una de las primeras incursiones de Japón en el ámbito internacional. En ese entonces, la principal preocupación japonesa era la reconstrucción de su economía arrasada por la guerra, y sus dirigentes no podían imaginar esa reconstrucción sin tener acceso a los mercados y a las materias primas de China como lo habían tenido antes de la guerra. Sin embargo, esta situación se complicaba por la existencia de dos gobiernos, uno en Pekín y el otro en Taipei, ambos declarando ser el legítimo representante de China. El tratado de paz de San Francisco estipulaba que Japón, una vez independiente, decidiría con cuál gobierno firmar por separado la paz. Pero ahí no había posibilidad de escoger puesto que Estados Unidos estaba en guerra con la China comunista en Corea. Yoshida, por lo tanto, reconoció a Taipei, pero no mucho después firmó un acuerdo comercial "no oficial" con Pekín. La política de Yoshida,

frente a China fue una táctica muy astuta que colocó al Japón dentro de la guerra fría —y al mismo tiempo fuera de ella—, una decisión adoptada por necesidad y casi desespero. Lo que sorprendió a Yoshida fue que sus sucesores siguieron su ejemplo y separaron la política de la economía en lo que ha sido una doctrina de política exterior duradera.

Hoy, los políticos de la derecha nacionalista quieren revisar la doctrina de Yoshida y dejar de ser un "Estado especial". No están satisfechos con las tendencias aislacionistas de Japón y quieren devolver al Estado su licencia para desempeñar un papel activo en la política internacional. Argumentan que en el mundo interdependiente de hoy, el Estado japonés no puede desempeñar de manera eficiente su responsabilidad con la sociedad si no tiene la capacidad de maniobrar con mayor libertad en la política mundial. Más aún, afirman que el Estado tiene responsabilidades internacionales que pueden contraponerse a las necesidades y a los intereses de la sociedad; es decir, que el Estado debe tener la capacidad de perseguir metas en la política internacional, aun en casos en que la sociedad se oponga. Los líderes de la derecha nacionalista consideran que el Japón puede llegar a ser una gran potencia solamente cuando se restituyan estos atributos del Estado. No obstante, para muchos japoneses esto suena muy parecido a una restauración del Estado imperial y la supremacía de la razón del Estado sobre la vida civil.

**Democracia.** Una de las razones que explican el carácter aislacionista del Estado de la posguerra es la actitud de los japoneses respecto de la democracia. Como en la tradición del pensamiento norteamericano de Jefferson, los japoneses le temen a la contradicción entre democracia y poder político y estratégico internacional. Piensan que la democracia se puede derrumbar si el Estado se preocupa por el mundo político más allá de sus fronteras.

Esta creencia en la fragilidad de la democracia se debe a que el sistema democrático japonés no surgió orgánicamente, sino que fue impuesto por las fuerzas de ocupación norteamericanas. El origen externo de la democracia japonesa ha dejado una huella duradera. Ha significado que la democracia no ha evolucionado como un ideal nacional ni ha llegado a convertirse en una ideología japonesa; sencillamente, es una característica más del orden político de la posguerra. Y puesto que la democracia no tuvo raíces propias, los japoneses tienden a verla como un arreglo político pasajero. Aunque valoran su condición democrática piensan que algunas circunstancias pueden demandar su sacrificio —en especial si el Estado se enreda en política internacional.

El entendimiento de la democracia en el Japón difiere del de la tradición angloamericana. En Japón, el énfasis no recae sobre la libertad ni los derechos del individuo. Tampoco se considera la democracia como un contrato social. En cambio, los japoneses consideran la democracia como un atributo del Estado. Pueden ver únicamente dos tipos de Estado para su nación: el democrático y el militarista. El Estado democrático suministra bienes y servicios a la sociedad. Es el Estado el que construye túneles para llegar a las cabañas bloqueadas por la nieve y el que provee ayuda médica. Es el Estado de la posguerra. El Estado militarista, en cambio, extrae bienes, servicios y vidas de la sociedad. Es el Estado que se lanza a aventuras

8/ Samuel P. Huntington, "Coping with the Lippmann Gap", "Afrontando la brecha Lippmann", *Foreign Affairs* Vol. 66, No. 3 (1988) pp. 453-477.

9/ T. J. Pempel "Japanese Foreign Economic Policy: The Domestic Bases for International Behaviour", en Peter J. Katzenstein, ed., *Between Power and Plenty: Foreign Economic Policies of Advanced Industrial States*. (Madison, WI: University of Wisconsin Press, 1978), p. 157. Este es un punto de confrontación en las presentes negociaciones entre Japón y los Estados Unidos sobre las barreras estructurales que tienen el comercio y las finanzas. El gobierno norteamericano, por ejemplo, ha acusado al gobierno japonés de proteger un sistema ineficiente de distribución en el mercado interno japonés, el cual mantiene los precios de los bienes muy altos y excluye la posibilidad de una competencia.

10/ G. John Ikenberry, *Reasons of State: Oil Politics and the Capacities of the American Government* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 1988), pp. 8-9.

internacionales, el que fabrica el ultranacionalismo y los mitos del divino imperio. Es el Estado que condujo a Japón a la guerra del Pacífico. Es posible que los japoneses piensen que su democracia es imperfecta, que hay mucha corrupción y demasiado dinero en la política, que el orden actual favorece a los campesinos y a las industrias más que a los consumidores urbanos, y que la brecha entre pobres y ricos está creciendo. Pero todas estas fallas no ponen en tela de juicio el carácter fundamentalmente democrático del Estado de posguerra.

Se considera que el triunfo de un tipo de Estado sobre el otro se determina, no por el contrato social interno sino por el peso de la política externa en los asuntos del Estado. Una gran actividad en política exterior se asocia con el militarismo, mientras que la política interna se asocia con la democracia. Esta concepción política simplista nace de la experiencia histórica de Japón, en la cual la derrota en la segunda guerra mundial representa la línea divisoria entre el Estado militar expansionista y el Estado democrático insular. La diferencia entre los dos Estados se ve reflejada en las dos constituciones japonesas. La constitución imperial de antes de la guerra consideraba a los súbditos del emperador poco más que sirvientes; definía una cantidad de deberes para con el Estado. La constitución democrática de la posguerra convirtió a los súbditos del emperador en ciudadanos; convirtió al Estado en un proveedor. El Japón imperial había sido consumido por la política exterior, con la preservación de la independencia nacional en un mundo hostil y más tarde con la expansión de las fronteras del Imperio; el Japón de la posguerra abandonó sus ambiciones del pasado.

A pesar de la insatisfacción de la opinión pública con respecto al funcionamiento de la política japonesa (ejemplarizada con la reacción al escándalo Recruit)<sup>11</sup>, los japoneses están satisfechos con su sistema político. Hoy en día no hay crisis en la democracia del Japón. Pero la viabilidad de la democracia japonesa se convertiría en punto neurálgico si Japón se encamina por un sendero de política exterior que ponga en entredicho la conexión existente con Estados Unidos. En opinión de los japoneses, ha sido el liderazgo político y la protección estratégica norteamericana —el Japón como el número dos en la Pax Americana, simbolizado por el tratado de seguridad— lo que ha permitido a su nación mantenerse a una distancia prudente de los asuntos de política estratégica y, por lo tanto, preservar su condición democrática. No quiero dar a entender que la democracia no pueda subsistir en Japón sin la ayuda norteamericana. Sencillamente estoy sugiriendo que, en la imaginación política japonesa, la democracia y la alianza se ven como un solo entorno. Se asume que la viabilidad de la una está inexplicablemente ligada a la otra, y la forma en que los japoneses entienden esta unidad limita la conducta internacional de la nación. Los primeros ministros japoneses de la posguerra, incluyendo a Nakasone, han subrayado una y otra vez el compromiso de su país con el mundo libre y democrático. En sus declaraciones

11 El escándalo Recruit sacó a relucir regalos en efectivo y en acciones de una subsidiaria de línea raíz del conglomerado Recruit a políticos y burocratas del PLD.

está implícito el reconocimiento de que la viabilidad de la democracia en Japón se relaciona estrechamente con la preservación de sus vínculos amistosos con Estados Unidos.

Los japoneses aman cuatro valores políticos —la condición democrática, intervención mínima en la política internacional, un establecimiento militar limitado y la protección norteamericana—, que se consideran parte de un mismo todo orgánico. Por lo tanto, meterse con uno de estos principios es meterse con los cuatro. El gran apego a estos cuatro principios se expresa en el alto respaldo de la opinión pública a la constitución dentro de la cual están enmarcados. Esta es la razón por la cual no se ha cambiado ni una palabra de la constitución redactada por los norteamericanos durante la ocupación, a pesar de los argumentos de los conservadores, quienes dicen que la constitución debería ser escrita por los japoneses. La gran mayoría de los japoneses ya no se preocupa por el origen “humillante” de su más alta ley. Han adoptado la constitución como propia, y la han convertido en un símbolo de paz, prosperidad y democracia —en breve, es el símbolo de los logros nacionales de la posguerra.

Tal vez la parte más controvertida de la constitución es el Artículo Nueve, la cláusula de renuncia a la guerra. Cualquier discusión acerca de esta cláusula conlleva a una de dos preguntas, dependiendo de la orientación ideológica de quienes discuten. Los liberales y la izquierda preguntan: ¿Acaso son inconstitucionales las fuerzas de autodefensa japonesas? Los conservadores preguntan: ¿Es el Artículo Nueve una violación del derecho soberano del Estado de defenderse a sí mismo? Con cualquiera de las dos preguntas, la discusión es interesante. Hoy en día, Japón gasta más dinero en defensa que cualquier otro país exceptuando a Estados Unidos y la Unión Soviética. Las fuerzas de autodefensa se han convertido en un establecimiento militar enorme. Con todo, al escuchar a los japoneses, parecería que las fuerzas de autodefensa no fueran más que un puñado de fuerza policiva paramilitar que debe ser desmantelada, o que Japón carece de fuerza militar y que por lo tanto debería constituir una. ¿Por qué se aleja el nivel de la discusión tanto de la realidad?

La respuesta está en la insistencia japonesa de preservar los valores políticos que la constitución ha llegado a representar. Lo que está en juego no es la bondad de algún artículo en particular, sino la integridad de la totalidad de la constitución como símbolo de la autodefinición que Japón desea tener. La constitución simboliza la determinación japonesa de la posguerra de reemplazar una sociedad autoritaria y política por una democrática, sustituir su deseo de rebelión contra el orden universal establecido por una cooperación, y nunca más cometer los errores del militarismo y la guerra. Por lo tanto, alterar la constitución equivaldría a una violación de la identidad nacional de la posguerra. Y con tal de evitar tales alteraciones, los japoneses están dispuestos a vivir con algunas paradojas. Por ejemplo, el Artículo Nueve prohíbe a Japón poseer fuerzas armadas, y sin embargo existe un cuerpo legal que regula las actividades de las fuerzas de autodefensa. Todos los años el partido de gobierno (PLD) hace una convocatoria para revisar la constitución, pero el partido no puede incluir dentro de su plataforma política es-

te hecho debido al gran apego de la sociedad al poder simbólico de la constitución. Por lo tanto, el PLD es tal vez el único partido político gobernante del mundo que quiere cambiar la constitución que ha permitido que lo elijan año tras año.

**Los Militares.** Entre todos los obstáculos que impiden que Japón sea una gran potencia, los nacionalistas de derecha señalan la actitud de los japoneses hacia los militares como el obstáculo que más requiere cambio. Para los políticos nacionalistas de la derecha, el deseo de no participar militarmente para defender la patria es una señal de la carencia de orgullo nacional. Nakasone escribió en una ocasión: "Un pueblo que se ha acostumbrado a que otro país lo proteja pronto pierde la voluntad de defenderse a sí mismo. Se degenera en un pueblo débil, egoísta y materialista que coloca la prosperidad económica por encima de todo lo demás"<sup>12</sup>.

La derecha nacionalista sostiene que el poder de una nación resulta de la combinación de capacidades económicas, políticas y militares y que sin unas capacidades militares importantes, un país no se puede considerar a sí mismo como una gran potencia. El nacionalismo de derecha estaría de acuerdo con el punto de vista clásico de Edward Hallett Carr sobre las relaciones internacionales: "Siendo la posibilidad de una guerra un factor determinante en la política internacional, la fuerza militar se convierte en un estándar reconocido del valor político... La política exterior de un país está limitada no sólo por sus metas, sino también por su fuerza militar"<sup>13</sup>.

Sin embargo, la opinión pública japonesa no reconoce el poderío militar como un estándar de valor político. La mayor parte de los japoneses piensa que las causas de una guerra se dan internamente en la sociedad, como sucedió con las causas militaristas de su pasado. Existe poca aceptación de la idea de que las causas de la guerra se puedan hallar en los sistemas de los Estados, o que existan agravios internacionales legítimos que justifiquen una guerra. Mientras la mayoría de las sociedades hace distinción entre guerras justas e injustas, en Japón se piensa que todas las guerras son malas.

En Japón hay una intensa desconfianza frente a los militares. Ser soldado dejó de ser una profesión respetable; fuera de los cuarteles, los soldados rara vez usan sus uniformes. En los sondeos de opinión, al preguntarle a los universitarios si estarían o no dispuestos a luchar por su país en caso de un ataque militar de otro país, la mayoría responde que no. Los norteamericanos creen que la paz se relaciona con la fortaleza y dan por hecho que la preparación militar previene las guerras; esta lección la aprendieron en Múnich y en Pearl Harbor. Pero los japoneses aprendieron una lección diametralmente opuesta en la guerra del Pacífico. Creen que los militares

japoneses fueron los causantes de la guerra y, por lo tanto, que la guerra se puede evitar eliminando la preparación militar. Están profundamente convencidos de la inutilidad del poder militar.

Los políticos de la derecha nacionalista han tratado de rebatir esas actitudes. Creen que la internacionalización de Japón exige reconstruir la confianza nacional aniquilada con la derrota en la segunda guerra mundial. Nakasone, en especial, está resuelto a restaurar el orgullo nacional fomentando entre los japoneses la voluntad de defender su propio país. Como Primer Ministro, dedicó grandes esfuerzos a elevar el lugar que ocupan las fuerzas de autodefensa en la sociedad.

A comienzos de los años ochenta, Nakasone logró eliminar al requisito de larga trayectoria de limitar el gasto de defensa al 1% del producto interno bruto (PIB). La eliminación de la barrera del 1% significó impugnar uno de los valores políticos del Japón de la posguerra: aquel de tener un mínimo establecimiento militar. Desde entonces, el presupuesto de defensa ha venido creciendo a una tasa de 5 a 6% anual y el patrón establecido por Nakasone ha sido continuado por sus sucesores. Más aún, mientras el crecimiento presupuestal de otros renglones ha sido pequeño con el fin de tratar de reducir el déficit gubernamental, el presupuesto de defensa ha estado exento de estas medidas de austeridad.

Aunque el gasto en defensa tan solo ha sobrepasado la barrera del 1% por una pequeñísima cantidad, el simple hecho de exceder el límite significó el rompimiento de una barrera psicológica. Con esto, la naturaleza del discurso japonés sobre la defensa cambió. Antes de transpasar el límite del gasto, el discurso se centraba en la cantidad de dinero que sería asignado, y la premisa mayor del debate de la defensa era la necesidad de mantener un establecimiento militar mínimo. Dentro de esta atmósfera, las tres ramas militares se concentraban en obtener cada cual lo que más pudiera. El debate no incluía discusión alguna sobre estrategia o sobre la función y las capacidades de las fuerzas armadas. El tamaño mínimo necesario de las fuerzas de autodefensa se definía como lo adecuado para proteger a Japón contra una invasión convencional limitada de la Unión Soviética. Y, según el argumento alegre y circular, la invasión limitada se suponía tan grande como aquella que las fuerzas de autodefensa estaban en posibilidad de repelar. Cuando se cruzó la barrera del gasto, se rompió el tabú sobre la discusión pública en torno a la estrategia militar por primera vez en la posguerra. Esto significó un cambio importante en el panorama de la política japonesa, y fue una de las contribuciones más grandes de Nakasone hacia la internacionalización de Japón.

Sin embargo, Nakasone y el resto de los nacionalistas de derecha todavía confrontan una ardua batalla en sus esfuerzos por cambiar la arraigada actitud japonesa contra los militares. Una serie de encuestas de opinión sobre la seguridad nacional llevadas a cabo entre 1973 y 1989 dan una mejor idea de qué tanto les falta a los nacionalistas de derecha para ganarse al pú-

12/ Yasuhiro Nakasone, *My Life in Politics* (1982), p. 8. Este folleto que no ha sido publicado fue escrito para una audiencia política norteamericana y circuló de manera no oficial antes de la primera visita oficial del Primer Ministro Nakasone a Washington en 1983.

13/ Edward Hallett Carr, *The Twenty Years' Crisis, 1919-1939* (New York: Harper & Row, 1964), pp. 109-110.

blico respecto a su percepción de los militares. Las opiniones de los japoneses en cuanto a asuntos de defensa permanecieron sorprendentemente consistentes durante este período. Por ejemplo, al preguntar en las encuestas de qué manera han sido útiles las fuerzas de autodefensa, entre el 74 y el 81% de los encuestados respondió que han sido útiles para aliviar desastres naturales; sólo un 8 a 9% de los entrevistados dijo que han sido útiles para proteger la seguridad nacional. En respuesta a una pregunta sobre el tamaño de las fuerzas de autodefensa, una mayoría del 54 al 64% respondió sentirse satisfecho con el tamaño actual. Solamente entre un 10 y un 22% opinó que el tamaño debería ser mayor. De hecho, el número de quienes creen que el tamaño debe crecer viene disminuyendo desde comienzos de los años ochenta<sup>14</sup>. Todo parece indicar que los japoneses no creen seriamente que sus propias fuerzas armadas sirvan para garantizar su seguridad nacional, y no están interesados en construir unas que sí puedan hacerlo.

¿Quiere decir esto que los japoneses no se preocupan por su seguridad nacional? Si aparentan tal cosa es porque saben que la alianza militar con Estados Unidos les permite prestar poca atención al asunto de la seguridad nacional. Por consiguiente, el apoyo público al tratado de seguridad japonés-norteamericano es alto. En la misma serie de encuestas de opinión gubernamentales, entre el 66 y el 71% de los encuestados respondió que el tratado de seguridad era útil. La segunda respuesta en orden de popularidad fue “no sé”, entre el 18 y el 23%. En respuesta a la pregunta “¿cómo se debe manejar la defensa del Japón?”, la mayoría escogió la respuesta: “Con el tratado de seguridad japonés-norteamericano y con las fuerzas de autodefensa”. La segunda respuesta en orden de popularidad fue “no sé”, entre el 19 y el 20%. Esto indica que los japoneses están muy satisfechos de cómo andan las cosas. Pocos expresaron un deseo de “independencia” de Estados Unidos. En respuesta a la pregunta de cómo se debe manejar la defensa de Japón, sólo un 7 a 9% pidió acabar con el tratado de seguridad e intensificar las fuerzas de autodefensa —el punto de vista asociado con la derecha nacionalista. Y tan sólo entre un 5 y un 10% contestó que quería la nulificación del tratado y la reducción del tamaño actual de las fuerzas de autodefensa —es decir, la neutralidad sin armas que prefieren los nacionalistas de izquierda<sup>15</sup>.

Hoy en día, los japoneses tienen en alta estima la alianza militar con Estados Unidos. Durante las décadas de los años cincuenta y sesenta existió el temor de que la alianza con Estados Unidos pudiera comprometer a Japón con las guerras de Norteamérica, pero las experiencias de Corea y de

Vietnam disiparon estos temores<sup>16</sup>. Los japoneses descubrieron que no sólo podían permanecer distanciados del conflicto, sino que podían criticar la conducta inmoral de los norteamericanos durante la guerra del Vietnam<sup>17</sup>. Y lo que fue aún mejor, pudieron disfrutar económicamente suministrando bienes y servicios al esfuerzo norteamericano en la guerra. La guerra de Corea le dio el primer gran empuje a la recuperación de la economía japonesa de posguerra.

Dada su intensa desconfianza hacia los militares, ¿cómo hacen los japoneses para justificar el apoyo de la alianza militar con Estados Unidos? En esencia, como se dijo anteriormente, apoyan la alianza porque les permite prestar poca atención a los problemas de seguridad nacional. Pero esta justificación por sí sola es demasiado cínica para ser aceptada por los japoneses, y precisa de mayor peso. Los japoneses se han ideado una explicación económica racional para apoyar la alianza —una que esté de acuerdo con la identidad económica del Japón de la posguerra. De acuerdo con esta explicación, el tratado de seguridad le permite a Japón gastar el mínimo posible en sus propias milicias liberando, por consiguiente, dineros que pueden ser invertidos en empresas no-militares más productivas<sup>18</sup>.

La justificación económica de la alianza fue expresada al comienzo de la década de los sesenta, cuando el gobierno japonés anunció su plan para doblar los ingresos y la meta de crecimiento económico se convirtió en un consenso nacional. La necesidad de contar con esta justificación fue de suma importancia sobre todo a partir del fracaso total de las manifestaciones violentas contra el tratado en 1960, originadas cuando el entonces Primer Ministro japonés Shinsuke Kishi, del partido PLD, negoció una revisión del tratado de seguridad con Estados Unidos. La revisión añadía un período límite de 10 años a la vida del tratado (el tratado original no tenía límite de tiempo) y eliminaba el derecho de Estados Unidos de intervenir en asuntos de política interna del Japón. La revisión del tratado parecía favorable al Japón, puesto que le otorgaba mayor independencia en su política de seguridad. No obstante, los opositores veían en la revisión un paso hacia la remilitarización japonesa.

Cuando Kishi envió el nuevo tratado de seguridad al parlamento, los partidos de oposición boicotearon la sesión y los manifestantes se tomaron el edificio. La situación fue tan tensa que Kishi estuvo a punto de utilizar las fuerzas de autodefensa para dispersar a los manifestantes, pero la idea fue rechazada por los jefes militares conjuntos. Para los manifestantes y el público en general, la manera como Kishi manejó la revisión del tratado les recordó cómo era la política antes de la guerra, cuando los gobernantes japoneses trataban los asuntos de seguridad nacional sin tener en cuenta los

14/ Boei-cho, ed., *Boei hakusho 1988* (Defense White Paper: 1988) (Tokio: Okura-sho insatsu-kyoku, 1988), pp. 219-220; Boei-cho, ed., *Boei hakusho 1989* (Defense White Paper: 1989) (Tokio: Okura-sho insatsu-kyoku), pp. 218-221.  
15/ *Boei hakusho 1988* (fn. 14), p. 220.

<sup>16</sup> Con respecto a los resultados de opinión pública, ver NHK *hoso yoron chosa-jyo*, ed., *Sengo ron-shi* (History of Postwar Public Opinion) (Tokio: NHK, 1982), p. 165.

<sup>17</sup> Ver Thomas R.H. Havens, *Fire Across the Sea: The Vietnam War and Japan 1865-1975* (Princeton: Princeton University Press, 1987).

<sup>18</sup> Por ejemplo, este punto de vista fue expresado por Kishi Miyazawa en *Shikaito to no taiwa* (Diálogo con el Partido Socialista) (Tokio: Kodansha, 1965).

procesos democráticos. El apoyo público al tratado de seguridad decayó y la popularidad del PLD sufrió.

Fue entonces cuando el PLD, en un esfuerzo por recuperar sus fuerzas, decidió diseñar una identidad económica para el partido y para el país. Al mismo tiempo, el PLD empezó a promover los beneficios económicos del acuerdo de seguridad. El público japonés fue cautivado fácilmente por los beneficios económicos de la alianza con Estados Unidos y eventualmente hasta los gobernantes mismos llegaron a creer en esta justificación. Hoy, los japoneses están convencidos de que su crecimiento económico espectacular se debe en gran parte a los ahorros en el gasto militar.

En un Japón que se ve a sí mismo primordialmente en términos económicos, se ha venido desarrollando una manera peculiar de concebir la alianza. Normalmente, las alianzas militares se establecen frente a un enemigo común. Con todo, el apoyo popular japonés a la alianza disminuye cuando los norteamericanos están en guerra y se presenta una situación de tensión mundial, mientras que, cuando hay paz, aumenta el apoyo<sup>19</sup>. Esto parece indicar que el tratado de seguridad no se considera primordialmente como una alianza contra un enemigo común, sino como un símbolo de la amistad con Estados Unidos. Y esta actitud frente a la alianza moldea la forma como los japoneses perciben sus fuerzas de autodefensa; ven a sus militares, también, como símbolos de la amistad con Estados Unidos. Por lo tanto, el "mínimo esfuerzo de defensa necesario" (como han sido definidas las fuerzas de autodefensa en Japón) significa un nivel de esfuerzo militar apenas lo bastante alto para satisfacer a Estados Unidos y mantener la alianza. Lo que puedan hacer o no las fuerzas de autodefensa contra un enemigo reviste menor importancia.

En cierto modo, la actitud japonesa frente a la alianza da pie para justificar la acusación de algunos norteamericanos, según la cual los japoneses "van en coche" en cuestiones de defensa. Pero la actitud japonesa no es únicamente el resultado de un cálculo económico astuto. Como ya hemos visto, la relación negativa que existe en la mente de los japoneses entre democracia y poder político estratégico nos revela una motivación más profunda de esta dependencia de la protección norteamericana. Hoy en día, los japoneses confían en su riqueza; saben que su país fácilmente puede armarse y asumir una mayor responsabilidad en su defensa. Sin embargo, permanecen indecisos, prefiriendo depender del arreglo de defensa con Estados Unidos. A un nivel más profundo, los japoneses todavía perciben el tratado de conformidad con la intención original de los norteamericanos: evitar que Japón se volviera a armar.

Dada la intensidad del miedo de un rearme, no se explica uno cómo ha hecho el gobierno japonés para convencer a la opinión pública de que no existe peligro en el plan actual de aumentar las fuerzas de autodefensa. En el fondo, el gobierno logró venderle la idea al público presentando el incremento en el gasto militar de defensa como una manera de fortalecer la

alianza con Estados Unidos. Este argumento parece cada vez más fácil de aceptar puesto que las fuerzas de autodefensa japonesas están siendo integradas en la estrategia y ubicación de las fuerzas armadas de Estados Unidos en Asia y en el Pacífico. (El grado de integración entre las fuerzas norteamericanas y japonesas es tal que parece que se movieran hacia un solo comando unificado, un arreglo que el gobierno japonés rechazó al finalizar la ocupación norteamericana en aras de la soberanía japonesa). La certeza de esta conexión fortalecida entre las tropas ha aplacado el temor frente al rearmamentismo japonés. Curiosamente, la opinión pública de Japón comparte su punto de vista con respecto a la alianza japonesa-americana con China y otros países de la región; es decir, que lo que mantiene las ambiciones de estrategia política de Japón a raya es la alianza, y que un crecimiento militar japonés controlado (en el contexto de la alianza) no pone en peligro la paz.

Además de traer a cuento las obligaciones de Japón para con la alianza para justificar el incremento del gasto militar, el gobierno japonés utiliza el presupuesto creciente de ayuda extranjera para cubrir el incremento del presupuesto militar. Hoy en día, Japón es el donante de ayuda extranjera más grande del mundo. La posibilidad de otorgar ayuda extranjera representa una alternativa a la internacionalización japonesa más popular que la alternativa militar proclamada por la derecha nacionalista. El gobierno, percatado de este fenómeno, aunó los dos renglones para que el aumento militar sea más dulce. La ayuda externa y la defensa son los únicos dos renglones del presupuesto que han aumentado sustancialmente en los últimos años, y el crecimiento de ayuda externa es un poco mayor que el crecimiento de defensa todos los años. Esto es adrede. Trata de señalarle a una nación que no cree en el armamentismo que la preocupación principal de la internacionalización japonesa es el bienestar económico del mundo, no la militarización. Intenta calmar las sospechas de la sociedad que no cree —y se opone a— un crecimiento militar. Y significa que la tasa de crecimiento futura del presupuesto de ayuda externa estará asociada con la tasa de crecimiento del presupuesto de defensa.

Esta relación entre defensa y ayuda exterior explica por qué los japoneses han aceptado tan ampliamente un programa de ayuda creciente cuando tales programas son muy poco populares en otros países donantes. Los japoneses quieren creer que la internacionalización de su país promoverá el bienestar de la economía mundial. La clase política dominante permanece dividida en dos en este aspecto. El ministerio de Relaciones Exteriores, encargado de administrar la ayuda, mantiene la visión económica de bienestar de la internacionalización, mientras que el ministerio de Defensa favorece la visión militar. El desacuerdo es algo más que una pugna presupuestal; separa a los "realistas políticos" de los "realistas militares" y define las dos alternativas que tiene hoy Japón para cumplir con las obligaciones que la alianza le impone.

El gobierno japonés también ha tratado de ganarse al público para que acepte un mayor gasto militar presentando el incremento como un esfuerzo por lograr "normas internacionales". En el Japón de la posguerra,

19 / *Seigo Yokomizo* (In. 16), p. 169.

el código estándar establecido por Estados Unidos ha sido "norma internacional"; en relación con el presupuesto de defensa, se refiere a las grandes peticiones de Estados Unidos de compartir la carga presupuestal. Históricamente, Japón siempre ha cumplido las normas internacionales. Pero Japón ha tenido la mala suerte de encontrarse siempre marchando a otro compás, distinto al del resto del mundo. A mediados del siglo XIX, Japón entró a la comunidad internacional después de casi tres siglos de un aislamiento autoimpuesto y tuvo la necesidad de "alcanzar" a Occidente. Al terminar el siglo, ya cuando Japón era un imperio naciente, Europa perdía su capacidad de ensancharse y la era de los imperios llegaba a su fin. Después de la primera guerra mundial, cuando las democracias de Occidente se desencantaban con la guerra como política del Estado, Japón descubrió que la guerra podía arrojar ganancias y se encaminó por el sendero de la agresión en Asia. Al final de la década de los treinta, al aliarse con Alemania para "no perder el bus" de una nueva norma internacional, Japón malinterpretó una vez más el cronograma de la historia. Al terminar la segunda guerra mundial, cuando el mundo abandonó el mecanismo del desarme como medio para alcanzar la paz, Japón —otra vez— pensó de manera distinta.

Cuando la Guerra Fría llega a su fin, Japón de nuevo anda a otro ritmo, aceptando una creciente carga presupuestal para la defensa en un momento en que las demás potencias industriales están poniendo en tela de juicio la fuerza en asuntos internacionales. Mientras estos países centran su atención en el control de armas, Japón le está ofreciendo al mundo sus gastos crecientes en el renglón militar como prueba de su recién hallada responsabilidad como miembro de la comunidad internacional. Debido a sus planes de creciente armamentismo, Japón ha sido el menos entusiasta de los países industriales respecto al presidente soviético Mijail Gorbachov. El surgimiento de Gorbachov ha colocado a los nacionalistas de derecha en un callejón sin salida. Puesto que identifican el crecimiento de los militares con la renovación del orgullo nacional, no ven en el derrumbe de la amenaza soviética una razón poderosa para reducir el armamentismo.

Pero con el clima de distensión entre Estados Unidos y la Unión Soviética, es cada vez más difícil para el gobierno justificar el crecimiento armamentista ante la Opinión pública, la cual había aceptado el gasto en defensa, no como un símbolo de orgullo nacional sino por la amenaza que se creía era la URSS y la necesidad de cumplir con las obligaciones de la alianza. Hoy, la mayoría de los japoneses quisiera reducir el gasto en armamento<sup>20</sup>. Hasta la derecha nacionalista, con todo y su preocupación por la renovación del orgullo nacional, no está preparada para arruinar la alianza con Estados Unidos en aras de una abstracción romántica. Si Estados Unidos y la Unión Soviética estuvieran de acuerdo en la reducción de armas en Asia, los japoneses, incluyendo la derecha nacionalista, sin duda cooperarían. Los japoneses están muy al tanto de su falla en la interpretación de los cambios internacionales en el pasado. Si Estados Unidos señala

20 / *Asahi shinbun*, mayo 29 de 1990.

en forma clara que no está de acuerdo con el armamentismo, al gobierno japonés no le queda más remedio que adaptarse a esta nueva "norma"

### *La internacionalización de la política exterior japonesa*

EL MANEJO ESTATAL DEL PRIMER MINISTRO NAKASONE nos dice algo sobre los límites y las posibilidades inherentes al punto de vista del nacionalismo de derecha en Japón. Cuando Nakasone fue nombrado Primer Ministro en 1982, se hicieron toda suerte de conjeturas —en Tokio y en Washington— sobre qué tan independiente de Estados Unidos trataría de convertir a Japón. Nakasone se autodefinió como nacionalista, el primero en llegar a ser primer ministro desde que, en la década de los cincuenta, lo fueron Ichiro Hatoyama y Shinsuke Kishi. Durante la primera campaña electoral parlamentaria, el ex oficial de la marina imperial izó la bandera nacional en la bicicleta de campaña, desafiando así una de las directrices de la ocupación norteamericana, que prohibía todo despliegue de la bandera (la directriz era parte de un esfuerzo por erradicar el nacionalismo en Japón). Debido a que su reputación era la de un nacionalista radical, cuando Nakasone habló de luchar por una política exterior activa y del reestablecimiento de Japón en un sitio político importante en el mundo, muchos pensaron que vendría lo peor.

Pero Nakasone no cumplió con las expectativas que tenían de él en Tokio y en Washington, sino que, por el contrario, si algo logró fue un mayor acercamiento a Estados Unidos. Nakasone definió su política exterior en términos de una mayor interdependencia con Estados Unidos. Veía la relación japonesa-norteamericana como "un destino unido", construido sobre bases de cooperación o como una "sociedad de iguales". En el frente estratégico, Nakasone hizo que la defensa de Japón y sus políticas de ayuda externa fuesen más acordes con la estrategia norteamericana de lo que habían sido bajo cualquier otro primer ministro anterior. No sólo incrementó los esfuerzos de defensa obedeciendo a Washington, sino que empezó a integrar la estrategia militar de Estados Unidos con la del Japón, y a desarrollar tecnología militar con el Pentágono. Bajo Nakasone, por ejemplo, Japón participó en el programa SDI (Iniciativa de Defensa Estratégica), y levantó las restricciones que habían sido características del afán japonés por evitar asuntos de política estratégica mundial para el traspaso de bienes militares y de tecnología. Más aún, Nakasone expandió enormemente su participación en la "ayuda estratégica" dirigida por Estados Unidos. A comienzos de los ochenta, Japón empezó a asignar cuantiosa ayuda económica a Turquía, Pakistán y Egipto —países que Estados Unidos consideraba de importancia geopolítica pero que poco ofrecían a Japón en cuanto a dividendos por estas inversiones. El fin de este tipo de ayuda no era ni cosechar beneficios económicos en un futuro, ni cultivar una influencia política en estos países; era únicamente apoyar la estrategia norteamericana contra la Unión Soviética.

En el frente económico, Nakasone también trabajó para impulsar las relaciones norteamericano-japonesas. Creó la Comisión Maekawa para el

estudio de reformas internas con el fin de aliviar las tensiones entre Estados Unidos y Japón. Las recomendaciones políticas del informe Kaekawa condujeron a Japón al énfasis actual en el crecimiento interno y a las reformas que se adelantan bajo las charlas de Iniciativas sobre Impedimentos Estructurales (SII), que incluyen la reforma del sistema de distribución nacional y de las políticas de apoyo agrícola del gobierno. Igualmente importante, Nakasone ratificó los esfuerzos realizados por el ministerio de Finanzas para estabilizar el dólar y para aumentar las contribuciones japonesas al Plan Baker de alivio para la deuda externa del tercer mundo.

La habilidad del estadista Nakasone proporcionó la respuesta a una de las preguntas que se hacían los japoneses de la posguerra sobre las intenciones políticas de la derecha nacionalista: ¿cuál debe ser el lugar de Japón en el mundo de acuerdo con la posición de los nacionalistas de derecha? Detrás de esta pregunta yacía oculta la sospecha de que tras el nacionalismo de derecha había ambiciones que hacían recordar el imperio japonés de antaño, y de que era un partido que propugnaba una mayor independencia política y militar frente a Estados Unidos. La política externa de Nakasone demostró que la derecha nacionalista no está interesada en desviarse de la dirección fundamental de la posguerra.

En cierto modo, Nakasone actuó de la única manera que la sociedad japonesa hubiese permitido —estableciendo una política externa que no interfiriera con la protección norteamericana del Japón, y que no amenazara la democracia. Aunque Nakasone y otros nacionalistas de derecha no comparten las preocupaciones que muchos de sus compatriotas tienen respecto a la democracia japonesa —pues consideran que la democracia en Japón es bastante sólida— comparten, sin embargo, la opinión de que el bienestar japonés se debe a una buena amistad con Estados Unidos. Fue este convencimiento compartido lo que permitió a los nacionalistas de derecha empezar la internacionalización de la política exterior de Japón.

Cuando Nakasone, Ishihara y otros nacionalistas de derecha exponen su insatisfacción con respecto al marco de San Francisco, no significa que Japón quiera separarse de Estados Unidos ni plantearle un desafío. Significa que quieren que Japón se deshaga de su timidez política en asuntos internacionales —“su simulacro de política exterior”, como la llama Miyazawa. Consideran que Japón, que aporta más de un 10% al PIB mundial, no puede permanecer aislado de la política mundial, y que Estados Unidos y Japón, que controlan conjuntamente más del 30% del PIB mundial, tienen que compartir responsabilidades políticas.

Con la internacionalización de la política externa japonesa iniciada por Nakasone y continuada por Noboru Takeshita y Toshiki Kaifu, Japón ha comenzado a deshacerse voluntariamente de su inocencia política. Ha comenzado a participar en asuntos de política mundial, y a dirigir su riqueza hacia fines políticos. Tal fin no ha sido aumentar el poder japonés o su influencia, como muchos comentaristas norteamericanos temen, sino apoyar a Estados Unidos. Por lo tanto, la noción de que la riqueza proporciona poder político y de que una política externa japonesa más activa significa una política de mayor independencia en un futuro es demasiado simple, cuan-

do no es totalmente equivocada. En la forma en que la riqueza japonesa ha aumentado, ciertamente ha incrementado su intervención en política internacional, pero este incremento de actividad ha consistido en dar un mayor apoyo a las metas de Estados Unidos.

Parte de la preocupación frente a un Japón más independiente y más fuerte surge de una mayor dependencia de Estados Unidos del capital japonés, tanto para políticas internas como externas. Las instituciones financieras japonesas por lo general compran una tercera parte de las emisiones de bonos de la Tesorería de Estados Unidos, y el flujo continuo de capital de Japón a Estados Unidos resulta crucial para poder manejar un déficit presupuestal tan grande sin disparar un alza en los intereses o en la inflación. Además, los aportes de capital japonés al Fondo Monetario Internacional (FMI) y al Banco Mundial, y la ayuda para el desarrollo internacional en general son definitivos para el Plan Brady de alivio a la deuda externa del tercer mundo, y para lograr las metas políticas norteamericanas en Latinoamérica y en Europa oriental. Si Japón, como asunto de política gubernamental, desviara sus inversiones internacionales al Asia, o si más inversionistas japoneses se interesaran en bonos alemanes más atractivos en un futuro, la economía Norteamericana y su estrategia global se debilitarían seriamente.

Aunque el gobierno japonés no puede dictar las decisiones de inversión tomadas por inversionistas privados, el miedo a que fomente un cambio que aleje la inversión de apoyo al déficit presupuestal de Estados Unidos o de las metas económicas internacionales de dicho país es infundado. Entre otras cosas, porque sería ignorar hasta qué punto Japón ve su posición y su identidad atadas a las de Estados Unidos. La derecha nacionalista reconoce que el mundo sería un sitio mucho menos amable sin el liderazgo global de Norteamérica. Por lo tanto, aunque mucho más dinero japonés indudablemente se irá hacia Alemania por motivos netamente de negocios, una serie de instituciones japonesas —tanto públicas como privadas— continuará asegurando que los bonos de tesorería de Estados Unidos tengan mercado y apoyo financiero y que las iniciativas de los Estados Unidos en el Banco Mundial y el FMI tengan apoyo. De hecho, hoy estamos presenciando un arreglo sin precedentes en la historia de las relaciones internacionales, según el cual un protectorado financia al poder hegemónico: Japón, principal beneficiario de la Pax Americana, está garantizando el apoyo económico a la hegemonía y a la prosperidad norteamericanas.

Muchos, todavía, ven amenazado el liderazgo internacional de Estados Unidos en la petición reciente de Japón de tener un papel más grande en la economía mundial. En el FMI, el Banco Mundial y otras organizaciones internacionales, Japón ha pedido que su voto tenga mayor peso, dada su mayor participación económica. Esta petición, sin embargo, está estrechamente ligada a la sociedad japonesa-norteamericana que Nakasone definió. Japón no busca controlar el mayor número de acciones; quiere ocupar la segunda posición. Japón tampoco quiere modificar estas instituciones creadas por Estados Unidos; sólo quiere infundirles nueva vida. Japón, es justo decirlo, se ha convertido en el campeón de los principios originales del FMI, del Banco Mundial y del Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio

IV TRIMESTRE 1990

(GATT). Ha escogido responder a las peticiones de Estados Unidos de tomar parte en la carga de estas instituciones que son dirigidas por los norteamericanos. De nuevo, la meta japonesa no ha sido su fortalecimiento económico y político, sino el fortalecimiento de la relación norteamericano-japonesa. Por eso, cuando Estados Unidos se “robó” el Plan Miyazawa para aliviar la deuda externa de los países del tercer mundo y le puso el nombre de “Plan Brady”, a Miyazawa no le importó; el ministerio de Finanzas se puso muy contento de poder contribuir al Plan Brady.

Más que todo, los japoneses —y especialmente los “realistas políticos”— quieren que el mundo les reconozca sus esfuerzos por asumir una responsabilidad cada vez mayor, especialmente en el área de la ayuda para el desarrollo internacional. Esto surge en un momento en el cual Japón está diseñando un nuevo consenso nacional a la altura de su posición en el mundo. El consenso que existió durante la mayor parte de los años de posguerra —el de la necesidad de alcanzar a las naciones industrializadas de Occidente— dejó de tener sentido cuando el PIB de Japón es el segundo en el mundo después del de Estados Unidos, y mayor que este último en términos de ingresos per cápita. El nuevo consenso que está formándose ve a Japón como al número dos en un mundo establecido bajo el orden norteamericano.

Para quienes temen el inminente resurgir de Japón, sin embargo, la presencia japonesa en el mundo, particularmente en Asia, no es alentadora. Allí parece ser que Japón está empeñado en ser el número uno; su cubrimiento económico ha tomado enormes proporciones y continúa creciendo. Japón ya ha desplazado a Estados Unidos como el poder económico que domina en el sureste asiático, sitio en donde domina en comercio, inversión y ayuda. Veamos las cifras de, por ejemplo, Tailandia. En 1988, Japón contribuyó con 53% de toda la inversión extranjera en Tailandia, mientras Estados Unidos aportó un 5,8%. De igual manera, Japón aportó el 69,4% de la ayuda externa, y Estados Unidos el 5,3%. En los cinco países de la ASEAN, sin incluir Brunei —rico en gas y petróleo—, Japón contribuyó con el 63,6% de la ayuda externa, unos US\$1.680 millones, mientras el segundo donante —Estados Unidos— aportó el 11% —unos US\$290 millones<sup>21</sup>.

Pero sería un error concluir de estas cifras que Japón está viendo el advenimiento de un imperio japonés en el oriente asiático —una repetición de la Esfera de Co— Prosperidad. Las economías japonesa y del suroriente asiático están estrechamente asociadas, y existe una lógica económica japonesa detrás de este involucrarse en la región. Sin embargo, a pesar de tener la posición de mando en el sureste asiático, los japoneses continúan respetando el orden norteamericano. Esto se puede ver en los diferentes enfoques de Japón frente a las economías de Filipinas y Vietnam. Mientras Japón —por petición de Estados Unidos— invierte grandes sumas de dinero en Filipinas a pesar de tener serias dudas acerca de la salud de la economía de ese

país, no ha aprovechado las grandes oportunidades comerciales y de inversión que ve en Vietnam por respeto a los Estados Unidos.

A pesar de ello, algunos ven signos del resurgimiento de “una voluntad de influencia política” detrás de la sombra económica japonesa. Es verdad que Japón ha empezado a tomar mayores iniciativas en la región. En medio de un *tour* por Asia, el Primer Ministro Kaifu expresó su deseo de comprometer a su país en los asuntos políticos de la región. Mientras los antecesores de Kaifu tomaron todas las medidas para evitar meterse en política regional por miedo de suscitar preocupaciones acerca del involucramiento japonés en el área —preocupación que nació de la conducta de Japón en la guerra del Pacífico—, Kaifu mostró con gran audacia la nueva cara de un Japón en camino hacia la internacionalización. En Indonesia, en vez de hablar vagamente acerca de la paz y de la cooperación y ofrecer incrementos de ayuda —como lo hicieron con frecuencia sus antecesores—, Kaifu expresó su deseo de que se tomen medidas para el traspaso del poder presidencial —un asunto delicado con el régimen de Suharto. Aun en países en los cuales Japón tiene influencia económica marginal, Kaifu habló con energía antes no vista. En la India y en Pakistán, dio a conocer la preocupación japonesa por una guerra en la región de Kashmir y exhortó a los dos países a que firmen el tratado de no-proliferación de armas nucleares. Dirigiéndose al parlamento de la India, dijo que dicho país debería abrir su economía a la competencia internacional; y en el Pakistán de Butto, ofreció unas palabras de aliento en su lucha por la democracia<sup>22</sup>. Finalmente, al auspiciar el Japón las charlas de paz de Camboya en junio, marcó su primera participación activa por resolver ese conflicto mediante esfuerzos diplomáticos.

Aunque estas iniciativas significan ir más allá de la diplomacia tradicional japonesa de posguerra, Kaifu únicamente ha puesto por obra lo que Nakasone quiso decir cuando habló de “un destino compartido” entre Estados Unidos y Japón. Kaifu —quien no es miembro de la derecha nacionalista y en cambio pertenece a la tradicional carencia de ideología japonesa de la posguerra y del liderazgo pragmático— está asumiendo sus responsabilidades de acuerdo con el espíritu de la internacionalización de la política exterior japonesa. Sea cual fuese el resultado —si en Indonesia se da el paso político de cambio presidencial, la no proliferación de armas nucleares en el sureste asiático, la apertura económica en la India, la democracia en Pakistán o el arreglo en el conflicto de Cambodia—, estas preocupaciones reflejan los valores políticos que Estados Unidos y Japón comparten. Y en caso de que los resultados sean positivos, benefician a ambos países. En las políticas de Kaifu se puede ver la dirección que está tomando Japón si se decide a traducir su riqueza en poder político. Las recientes iniciativas japonesas reflejan el deseo japonés de permanecer dentro del marco global norteamericano, basándose —como lo está— en valores políticos y metas que Japón comparte con Estados Unidos.

21 / *New York Times*, 2 de julio de 1989.

22 / Para un informe sobre el *tour* asiático de Kaifu, ver *Far Eastern Economic Review* 17 de mayo de 1990, p. 13.

En su diplomacia asiática, Japón parece apearse a la importante lección que aprendió en la guerra del Pacífico: no tome iniciativas políticas sin la bendición del poder hegemónico, en este caso Estados Unidos. Durante la guerra del Pacífico, Japón se rebeló contra el orden hegemónico —un orden que Japón llamó “la toma del poder de los ABCD (norteamericanos, británicos, chinos y holandeses)”. Después de la derrota, los japoneses culparon en parte a la política de oposición al poder hegemónico. Hoy se entiende claramente que el éxito internacional se deriva, en parte, del respeto por el poder hegemónico (Gran Bretaña en el siglo XIX y Estados Unidos en el siglo XX). La caída al valle de la oscuridad durante las décadas de 1930 y 1940 —la única vez que Japón ha abandonado tal respeto a la hegemonía— es la prueba para las generaciones de la posguerra de la validez de esta interpretación de la historia. Mientras muchos norteamericanos ven con sospechas a Japón debido a esos 15 años de era militarista, los japoneses perciben ese periodo como una anomalía dentro de un siglo marcado por las buenas relaciones con el poder hegemónico anglo-norteamericano.

También por razones prácticas, Japón no quiere actuar en Asia sin Estados Unidos. Los jefes japoneses temen que una salida de Estados Unidos de la región sería una invitación al caos. Al fin de cuentas, el orden norteamericano ha disipado las sospechas y antagonismos contra Japón. Asia sin Estados Unidos vería el surgimiento de dominio japonés, y esto haría salir a flote las diferencias que existen entre Japón y las otras naciones de la región.

Parte de la preocupación acerca de Japón es, todavía, miedo al poderío militar japonés. A pesar del carácter pacífico de los japoneses en el periodo de la posguerra, todavía queda en Estados Unidos y a todo lo largo y ancho de Asia temor al resurgir militar de Japón. Si Estados Unidos no mantiene su presencia militar en el área del Pacífico, temen que Japón haga lo que harían otras naciones: expandir su poderío militar para defender y extender su cada vez mayor interés económico. Japón, naturalmente, ha aumentado significativamente su poderío militar en la última década. Pero, como se anotó anteriormente, esta expansión ha sido en gran parte una respuesta japonesa a la petición norteamericana de compartir una mayor carga. Fue por petición de Washington, por ejemplo, que Japón rompió la barrera del uno por ciento en gastos de defensa, que aflojó su control en ventas de armamento, y que extendió sus fuerzas navales para proteger las costas dentro y alrededor del Japón. Para aquellos norteamericanos preocupados por el surgimiento del Japón como potencia militar, es irónico que fuese Estados Unidos el que actuó de partera en la expansión militar japonesa. Sin embargo, lo cierto es que la política militar de Japón permanece subordinada a la de Estados Unidos. La guía más importante del militarismo japonés han sido —y seguirán siendo— el tratado de seguridad japonés-norteamericano y la política asiática norteamericana.

Por consiguiente, se puede deducir que si Estados Unidos tiene tal influencia como para hacer que Japón aumente su gasto militar, también la tiene como para disuadir a los japoneses de un incremento en armamentismo. Lo que se necesita en esta época de las relaciones Bush-Gorbachov es el

liderazgo norteamericano para crear un control de armas y un marco para el desarme en Asia y en el Pacífico. Hasta el momento, Estados Unidos ha estado dedicado a atender los cambios ocurridos en Europa y no ha podido cambiar sus políticas asiáticas de manera que reflejen los cambios ocurridos en Europa y en la URSS. Pero Japón, que elabora su presupuesto militar cada cinco años, está en el proceso de preparar su próximo plan quinquenal. Estados Unidos desempeña un papel definitivo que puede determinar cuánto y con qué fines ha de continuar armándose Japón.

Los líderes políticos japoneses están preocupados de manera especial por el liderazgo estratégico norteamericano. Existe un reconocimiento implícito entre ellos respecto a la respuesta que deberán dar a la Unión Soviética de Gorbachov. Hasta el desplome de los regímenes del este europeo, el gobierno japonés se había mostrado cauteloso con respecto al futuro de Gorbachov y, por lo tanto, no quería cambiar sus políticas de guerra fría. Pero ahora, especialmente después de que Estados Unidos ha optado por brindar un gran apoyo a Gorbachov, los líderes de Japón reconocen la necesidad de un cambio. Ya está programada una primera visita de Gorbachov a Tokio en 1991. Hay ciertos rumores de que podría anunciar la devolución a Japón de cuatro islas disputadas entre los dos países. Las islas, que fueron tomadas por los soviéticos al final de la guerra del Pacífico, son tema crítico en las relaciones soviético-japonesas. Japón sostiene que hasta no recuperar esas islas no se puede suscribir un tratado de paz con la Unión Soviética, y que, por lo tanto, no puede pensarse en un mejoramiento de sus relaciones económicas y de otro tipo. Hasta hace muy poco tiempo, los japoneses pensaban que los soviéticos jamás las devolverían. El problema de las islas ha facilitado a los líderes japoneses mantener lo que durante muchísimo tiempo se consideró como la relación más apropiada —una relación, fría, mínima y distante. Tal relación contribuía a fortalecer la alianza japonesa-norteamericana. Y ahora que la Unión Soviética, contrario a lo que esperaba Japón, está dispuesta a adoptar un tono de reconciliación, Japón no está preparado para la posibilidad de que las islas sean devueltas. Por este motivo, y debido a que las relaciones con la Unión Soviética son de primordial importancia frente a la alianza norteamericano-japonesa, los líderes japoneses están a la espera de un pronunciamiento norteamericano respecto a la política estratégica en el Asia.

La decisión que tome Estados Unidos respecto a su política asiática varará que el debate oscile entre los “realistas políticos” y los “realistas militaristas”: entre las dos maneras de conceptualizar la ayuda japonesa al mundo a través de su internacionalización —una que hace énfasis en la ayuda externa económica, y otra que recalca la militarización. Y, puesto que la distancia entre las dos partes del debate es poca (ambos ven el fortalecimiento de sus relaciones con Estados Unidos como la meta principal), Estados Unidos está en una posición que le permite escoger qué tipo de ayuda quiere de Japón: económica, militar, o una mezcla de ambas.

Hasta los líderes de la derecha nacionalista creen de verdad que una relación estrecha con Estados Unidos es más importante que la expansión del poder militar japonés. Durante la década de los ochenta, los puntos de

vista de la derecha nacionalista sobre las políticas militares estuvieron de acuerdo con las peticiones de Estados Unidos de compatir las cargas, y el apoyo norteamericano dado a Japón le dio motivos a la Opinión pública japonesa, que sigue preocupada por el rearmamentismo japonés, para escuchar a la derecha nacionalista. Sin el apoyo norteamericano, los puntos de vista militaristas de la derecha nacionalista no tendrían casi audiencia.

Japón está comenzando a establecer su política exterior. Esto es un acontecer sano. La creciente participación en las instituciones del mundo, sus esfuerzos por asumir una mayor parte de su defensa, sus crecientes aportes a la ayuda externa y sus demás contribuciones a su política de internacionalización son signos bienvenidos de una apertura mayor frente a la comunidad de las naciones. Pero a pesar de todas las preocupaciones que surgen en torno a estos acontecimientos, la voluntad japonesa de poder es limitada. No hay en Japón puntos de vista serios que impugnen la alianza con Estados Unidos; Japón desea diseñar sus políticas dentro de amplios parámetros establecidos por el liderazgo de Estados Unidos. Por lo tanto, lo crucial para la futura conducta japonesa no es un deseo interno de supremacía, sino la posibilidad de la continuidad del liderazgo norteamericano global.

Pero uno se pregunta: ¿cuáles son los límites del respeto japonés hacia Estados Unidos? Obviamente, existe un punto en el cual Japón le dirá no a Estados Unidos. Es difícil, sin embargo determinar exactamente en dónde está ese punto, ya que los japoneses no se imaginan seriamente tal situación. Una cosa es segura: Japón está preparado para cumplir con los deseos de Estados Unidos de una mayor participación política, militar y económica para el mantenimiento del orden global norteamericano.

Y, en cierta forma, estas peticiones son bien vistas en Japón. La exigencia de mayor participación en las cargas le ofrece a Japón guías para el manejo de la ayuda externa japonesa en su búsqueda de una mayor participación política en el mundo. Y las solicitudes para eliminar impedimentos de orden estructural tienen acogida dentro de los consumidores japoneses, pues los precios, en última instancia, serán menores.

Al pasar de una política indecisa a una de menos indecisión, Japón ha comenzado a dar opiniones sobre políticas específicas de Estados Unidos pero no sobre las metas norteamericanas de mayor alcance (la crítica reciente japonesa sobre el déficit presupuestal es un ejemplo). Japón valora sus relaciones con Estados Unidos, aunque puede sobrevivir sin las recriminaciones emocionales de Washington. A lo que Japón le teme es a un Estados Unidos proteccionista y aislacionista que rompa sus compromisos con Asia y el mundo, obligando a Japón a defenderse solo. Los norteamericanos que temen el resurgir japonés preguntan en qué punto Japón abandonará la alianza y surgirá como el retador de Estados Unidos. Los japoneses responden con una pregunta: ¿Qué tiene que hacer Japón para mantener la alianza?

“El recuento del siglo XX es estremeceador: dos guerras mundiales, el nazismo y el comunismo, sus campos de concentración, sus millones de víctimas y, durante años y años suspendida sobre nuestras cabezas, la amenaza de un conflicto nuclear que habría puesto fin a la civilización y aun a la especie humana y a la vida misma en el planeta. De pronto, en un extremo de Europa, allí donde el totalitarismo comunista parecía haber impuesto un crepúsculo permanente, el horizonte comenzó a despejarse. Hoy vivimos el alba de la libertad”.

Octavio Paz  
(Encuentro de Intelectuales en México,  
septiembre de 1990)